

Los detractores del Festival

Por Jaime Guzmán

Soy un hincha entusiasta del Festival de Viña. Desde hace más de diez años lo disfruto noche a noche en la Quinta Vergara. Porque me gusta la música y por el ambiente de fiesta y alegría que allí se vive, donde la juventud une a todas las generaciones.

Naturalmente, respeto a quienes opinan distinto. Al fin de cuentas, es cuestión de gustos. Pero siempre me ha sorprendido que más allá de los que **no gustan** del Festival u objetan **aspectos** específicos de sus diversas versiones, haya otros -en cambio- que se conviertan en **detractores** de él en bloque.

¿Por qué estos últimos no prescinden del Festival, sino que embisten en su contra? Descubrirlo despierta mi real curiosidad.

Desde luego, está el snobismo. El prurito de rechazar lo que suscite acogida masiva, jugando al "niño terrible". Confundiendo la originalidad auténtica con la excentricidad artificiosa y destructora. El snob está contra el Festival, contra la Teletón, contra etc., etcétera.

Otra motivación de los detractores del Festival proviene del resentimiento. Son espíritus que sienten envidia ante el éxito ajeno, máxime si éste no les parece justificado. Que sólo se realizan secretando bilis, ya sea con la tosquedad del "chaqueteo" o con una ironía que destila toneles de amargura.

Por último, la actitud que comento también se nutre de una mezcla de inconformismo e intole-



rancia.

El inconformismo aflora, por ejemplo, cuando para menoscabar este Festival, que culmina mañana, se subraya su desventaja frente a los que en el pasado congregaron luminarias de relieve mundial. Claro que en aquellos años esos detractores dijeron que tales figuras que hoy añoran eran simples "excepciones" en el conjunto. Y si ahora se hubiese contratado a muchos artistas de primerísimo nivel, habrían clamado contra semejante dispendio en medio de la crisis económica que vivimos. O sea, se trata de criticar, siempre criticar y sólo criticar.

Más sugerente estimo aún la intolerancia de quienes no admiten que otros vibren con algo que a ellos no les agrada. Lo denuncian como frivolidad evasiva, que adormece la "conciencia revolucionaria" o que sólo satisface "la sociedad de consumo".

Si a eso uno les replica con las abrumadoras sintonías de los canales de televisión y de las radios que transmiten el Festival, o bien con la amplia cobertura especial que le otorga la prensa, responden que el pueblo está manipulado y que precisamente urge sacarlo de ese mundo alienante.

Me quedo pensando en la incongruencia de tales demócratas, que postulan la madurez del pueblo sólo para elegir a sus gobernantes, pero que de hecho se la desconocen para escoger los bienes que adquiere o la forma en que invierte su tiempo. Incluso a la hora de entretenerse.